

**DAVID
LIZOAIN
BENNETT**

**EL
DEL**

FIN



**PRIMER
MUNDO**

**PRÓLOGO DE
IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA**





David Lizoain Bennett

El fin del Primer Mundo



SERIE DILEMAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA
DIRIGIDA POR IGNACIO URQUIZU

© DAVID LIZOAIN BENNETT, 2017

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2017

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 20 77

FAX. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

EL FIN DEL PRIMER MUNDO

ISBN: 978-84-9097-352-3

E-ISBN: 978-84-9097-393-6

DEPÓSITO LEGAL: M-30.700-2017

IBIC: JP/JFF

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Prólogo

IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA

Cuando llegó la crisis económica a los países ricos en 2008, fuimos unos cuantos los ingenuos que pensamos que la versión más rabiosamente neoliberal de la globalización había quedado herida de muerte. En aquellos primeros momentos, incluso un político conservador como Nicolas Sarkozy habló de la necesidad de “refundar el capitalismo”, consciente de que la desregulación financiera había ido demasiado lejos, provocando los desequilibrios que causaron lo que algunos han llamado la “Gran Recesión”.

Por esa misma razón, también muchos pensamos equivocadamente que los partidos conservadores y liberales serían castigados por los electorados de los países desarrollados y que, en cambio, los partidos socialdemócratas tendrían una oportunidad de oro para mostrar que sus políticas eran mejores. Al principio, de hecho, pareció que la intervención de los estados para salvar al mundo de un colapso financiero rompería de una vez por todas las recetas neoliberales, incluyendo el recelo sobre la intervención del sector público en la economía. Sin embargo, el despertar neokeynesiano de 2009 fue tan solo un chispazo fugaz. A partir de 2010, la ortodoxia neoliberal volvió a imponerse, y esta vez con bríos renovados. Se introdujeron recortes en

los sistemas de pensiones de casi todos los países europeos (con España en una posición muy destacada), se impusieron las políticas de ajuste en un momento de contracción de la demanda (la famosa "austeridad") y se desregularon aún más los mercados de trabajo (de nuevo, con España como alumno especialmente aplicado). Los partidos socialdemócratas, lejos de protagonizar la salida de la crisis, han quedado diezmados en casi todos los países, obteniendo sus peores resultados desde la Segunda Guerra Mundial.

Como muestra David Lizoain en este libro imprescindible, la crisis centrifugó tendencias que venían fraguándose tiempo atrás, tendencias que estaban erosionando y descomponiendo las estructuras que constituyen la base del llamado Primer Mundo. El diagnóstico de Lizoain quita el aliento: la explosión de las burbujas ha dado paso a un panorama de estancamiento económico, sin expectativa de tasas de crecimiento como las que se producían gracias a la especulación financiera e inmobiliaria; la esperanza de que las generaciones futuras vayan a vivir mejor que las precedentes se está desvaneciendo; la desigualdad parece ya una característica intrínseca del sistema; la clase media va menguando, cayendo una parte significativa de sus efectivos hacia posiciones más bajas en la escala social; el Estado de bienestar, tanto por la evolución demográfica como por la presión que introducen las políticas neoliberales, se encuentra en una posición crecientemente precaria; y la vivienda se constituye como fuente última de protección de las personas ante las incertidumbres vitales y económicas, produciéndose una nueva y profunda división social entre propietarios y no propietarios.

Todos estos cambios han generado miedo y ansiedad. Según una de las tesis fuertes del libro, es la pérdida de seguridad económica lo que explica los desarrollos políticos tan desconcertantes a los que estamos asistiendo (la elección de Trump, el Brexit, el auge de partidos xenófobos y chovinistas en casi toda Europa). La crisis no ha fortalecido a la izquierda, sino que ha provocado un reflujo reaccionario (con las excepciones parciales de España y Grecia). Para conjurar el temor a un futuro desconocido o no especialmente atractivo, amplias capas de la población, sobre todo los más desprotegidos ante las consecuencias negativas de la globalización y la crisis económica, han optado por partidos y líderes que prometen recuperar la seguridad perdida cargando contra los inmigrantes, el libre comercio y las elites tradicionales. Aunque la percepción de que los gobiernos han perdido en buena medida el control de la situación esté justificada (esto es lo que llamé en un libro “la impotencia democrática”¹), las soluciones que proponen estos partidos para recuperar el control resultan engañosas: el problema no se arregla con mayor homogeneidad social o remplazando unas elites políticas por otras nuevas. Más bien, lo que se necesita para neutralizar estas derivas políticas es encontrar la manera, en un escenario tan adverso como el de la globalización financiera, para reintroducir seguridad económica.

La pregunta del millón es si hay alguna forma de romper la tendencia reaccionaria, es decir, si puede construirse una coalición alternativa (que necesariamente tendrá que ser muy heterogénea, incluyendo jóvenes, mujeres, inmigrantes y trabajadores golpeados por la globalización) que sea mayoritaria y pueda introducir nuevas políticas. Esas políti-

cas, sin duda, requerirán una fiscalidad fuerte que permita reforzar el Estado de bienestar, así como poner en práctica nuevas políticas igualitarias (ingreso mínimo garantizado, etc.). Pero esto no será suficiente.

Lizoain, a pesar de que es un optimista, no se hace ilusiones y considera que las soluciones nacionales unilaterales no funcionarán. La nueva coalición progresista, a su juicio, tendrá que ser transnacional. Para embridar a los poderosos mercados hace falta ampliar el alcance de la democracia y eso solo puede conseguirse mediante la coordinación de esfuerzos nacionales. Necesitamos democracias tan fuertes como lo son los propios mercados. Democracia y mercado tienen que reequilibrarse después de la crisis.

¿Hay algún motivo para esperar que una coalición transnacional opuesta a los excesos neoliberales pueda realmente configurarse en los próximos tiempos? En el pasado, las guerras deshacían las relaciones económicas y políticas y obligaban a una reestructuración profunda de la economía y la sociedad. Por fortuna, la probabilidad de que los países del Primer Mundo vuelvan a involucrarse en guerras como las del pasado es más bien remota. Sin embargo, en el futuro a medio plazo figuran amenazas con consecuencias tan devastadoras como las de una conflagración bélica. Lizoain analiza en el libro la posibilidad de que el peligro de catástrofe medioambiental pueda generar una coalición transnacional masiva que luche contra el *establishment* miope que está actualmente en el poder. Esa lucha permitirá un gran estímulo económico global (creación de empleo verde, inversión masiva en tecnologías limpias) y, a la vez, obligará a redefinir las reglas de la globalización para que esta no resulte tan dañina. Se trata de una batalla que, en caso de

que llegue a darse, encabezarán los países del Primer Mundo.

Lizoain ha escrito un libro fundamental para entender los cambios acelerados que se están produciendo en los países desarrollados, el llamado "Primer Mundo". Ofrece un análisis muy completo de las transformaciones que están teniendo lugar y de sus consecuencias políticas. Basándose en las fuentes más diversas, va dibujando un retrato exacto (y sobrecogedor) de la situación en las que nos encontramos a la salida de la crisis. Todas las piezas del rompecabezas van encajando. El lector encontrará aquí integrados muchos análisis que puede haber leído separadamente en ocasiones anteriores.

La síntesis que propone Lizoain es verdaderamente meritoria. En el mejor estilo anglosajón de ensayo de economía política, el autor va pegado a la realidad, frente al ensayo hispánico, de naturaleza más brumosa y discursiva. Mediante multitud de datos, Lizoain construye paso a paso su diagnóstico de nuestra época, en la línea que he apuntado antes: la pérdida de seguridad económica que el neoliberalismo y la crisis han producido es la causa principal de la fiebre reaccionaria anti-*establishment* que se observa en tantos países del Primer Mundo. Son tantos los asuntos que trata que en muchas ocasiones el autor se ve obligado a resumir situaciones complejas mediante pequeñas píldoras de gran efectividad. Por ejemplo, para mostrar el envejecimiento de la sociedad japonesa, el autor menciona que la venta de pañales para adultos ya ha superado la de pañales para niños; para subrayar la atención que la Unión Europea presta a los jóvenes, recuerda que la Unión gasta más dinero por vaca que por joven parado; para ejemplificar las de-

sigualdades mundiales en cuanto a gasto energético, nos informa de que Liberia entera tiene menos capacidad de consumo eléctrico que el estadio de fútbol americano de los Dallas Cowboys; y como ilustración de la irracionalidad del sistema, resulta que la proporción del PIB mundial dedicado a subvencionar al carbón es superior al gasto público mundial en sanidad.

Para comprender una época suele ser necesaria la perspectiva histórica. Cuando escribimos sobre el presente nos cuesta mucho distinguir lo importante de lo pasajero. Hay autores, sin embargo, que tienen la asombrosa capacidad de permitirnos entender lo que verdaderamente nos está pasando y las consecuencias que todo ello puede acarrear. David Lizoain es uno de ellos. El lector podrá comprobarlo leyendo este libro. Y, por si esto no fuera suficiente, el libro nos invita a pensar en soluciones que corrijan el rumbo torcido que el mundo parece estar siguiendo.

Introducción

Nunca se ha vivido tan bien. Probablemente formas parte del 1% de los seres humanos más ricos de todos los tiempos. Esto es posible gracias a una combinación entre historia y lugar geográfico. La estimación más precisa sugiere que, a lo largo de la historia de la humanidad, alrededor de 100 mil millones de personas han vivido en el planeta, aunque el 7% habita actualmente la Tierra, y tú eres mucho más rico que todos esos forrajeadores y agricultores de subsistencia. Sostener un libro o una tableta en tus manos ya es un lujo que la mayoría de seres humanos nunca ha llegado a experimentar. Y si estás leyendo esto, todo indica que eres una de las 1,4 mil millones de personas que vive en un país rico. Esto corresponde, aproximadamente, al 1% mundial histórico.

Como ciudadano o ciudadana del Primer Mundo, no esperas que te devore un lobo o algún otro depredador, o ser víctima de toda una serie de peligros controlada por los avances científicos y tecnológicos. El consumidor medio vive mejor que Luis XIV, Rey Sol de Francia; tiene acceso a mejor comida y vino, más y mejor ocio y a un conocimiento casi infinito a través de su teléfono móvil. Estamos más sanos y somos más ricos que nunca; la mortalidad infantil ha disminuido, mientras que la alfabetización y la esperanza de vida han aumentado. La medicina y la sanidad siguen mejorando y el número de muertos a causa de la guerra ha caído drásticamente en los últimos años. En Estados Unidos, desde 1800, el PIB per cápita se ha multiplicado por

veinte. No hay nada como el presente.

Problemas del Primer Mundo (#firstworldproblems) es el nombre de un meme que critica las quejas menores de personas privilegiadas y ajenas a la realidad. Dentro de esta categoría, resulta que la queja más común es que internet vaya lento².

Nacer hoy en el Primer Mundo es como ganar la lotería del nacimiento. Aun así, millones de personas en los países más ricos están cabreadas. Tienen que lidiar con unas economías estancadas, una desigualdad creciente y montañas de deuda. El trabajo es cada vez más precario. Las poblaciones envejecen al mismo ritmo que la falta de oportunidades para los jóvenes. La xenofobia, el jingoísmo y la discriminación contra los inmigrantes van en aumento; la contaminación del medioambiente avanza más rápida que nunca. Y estos síntomas son cada vez más evidentes porque siguen empeorando. El Primer Mundo tiene cada vez más problemas y no son ninguna broma; ni para sus ciudadanos ni para el resto del mundo. Este libro trata de los problemas del Primer Mundo y cómo abordarlos.

¿NO ES MUY ANTIGUO HABLAR DE 'PRIMER MUNDO'?

El término "Primer Mundo" parece una reliquia de la Guerra Fría, y en efecto lo es; sus orígenes se remontan a la situación política internacional tras la Segunda Guerra Mundial. El Primer Mundo consistía, básicamente, en el bloque capitalista desarrollado; por su parte, el Segundo Mundo comprendía el bloque comunista del Pacto de Varsovia. Todo lo demás (el grueso de la humanidad) se agrupaba dentro de la categoría del Tercer Mundo. El uso del término

“Primer Mundo” alcanzó su punto álgido a finales de los años ochenta y principios de los noventa, y ha ido desapareciendo gradualmente desde entonces. Es lógico. El año 2017 marca el centenario de la Revolución rusa y la Guerra Fría terminó hace décadas; la Unión Soviética ya es un recuerdo lejano para la mayoría de los jóvenes; alrededor de la mitad de la población del mundo ni siquiera había nacido cuando cayó el Muro de Berlín, en 1989. Hablar del Norte global y del Sur suena más contemporáneo.

Sin embargo, considero que el Primer Mundo sigue siendo un concepto útil por tres razones. En primer lugar, delimita el grupo de democracias ricas e industrializadas. Los países ricos son similares a pesar de sus diferencias institucionales; forman un oasis privilegiado comparado con el resto del mundo. Podemos observar una serie de tendencias compartidas cuando vamos más allá de unos estereotipos de dudosa importancia (por ejemplo, los canadienses juegan al hockey sobre hielo y tienen policía montada y a los españoles les gustan los toros, el flamenco y las siestas). Todo el mundo aprende en el colegio lo especial que es su país, pero eso no lo convierte en verdadero.

Viviendo en Barcelona durante los peores años de la crisis pude comprobar cómo mucho de lo que salió mal en el Mediterráneo ahora está ocurriendo en otros países ricos. La lógica de la crisis española se está desarrollando en otros lugares, solo que a un ritmo más lento; ningún país está inmunizado frente al desmoronamiento de las cosas. Lo que fue tan chocante de la recesión en España no fue la crisis, sino el contraste que suponía respecto al éxito que había experimentado el país. España había estado convergiendo con el Canadá donde yo crecí.

Barcelona es ahora uno de los principales destinos turísticos de Europa donde, cada día, miles de personas desembarcan de los cruceros al pie de las Ramblas. Pero esta afluencia masiva es reciente; la ciudad hasta hace relativamente poco representaba una parada técnica de camino a la Costa Brava. Fueron las Olimpiadas del 92, organizadas sin móviles y correo electrónico, las que le dieron relevancia mundial. A finales de la década de los ochenta, la Guardia Civil aún escenificaba su fuerza en un extremo de la Rambla, mientras que en el otro extremo todavía se podían comprar animales exóticos enjaulados. La transformación ha sido drástica.

Viví al lado de las Ramblas durante seis años, en el Raval. Este barrio multicultural se ha ido gentrificando paulatinamente y ahora es uno de los favoritos de los *hipsters* europeos. En su momento, estaba tan estigmatizada como el Barrio Chino, y era tristemente célebre por su prostitución, drogadicción y pobreza generalizada. Estos problemas no han desaparecido, pero se han ido ocultando o desplazando. Hasta hace poco, antes de las Olimpiadas, Barcelona aún tenía chabolas, pero, hoy en día, uno de cada cuatro niños todavía vive en la pobreza. La gran mayoría de los visitantes de la ciudad seguramente no descubrirán este hecho, aunque es posible que acaben gastando más en una pluma estilográfica o un bolso de lo que el español medio gana en un mes.

España fue durante un tiempo el modelo de una rápida y exitosa transformación. En una generación, pasó de emitir las corridas de toros en horario de máxima audiencia a aprobar el matrimonio igualitario; antes de la crisis, a ojos del mundo, España parecía haber escapado del legado de

las décadas sofocantes bajo la dictadura Franco.

Con la Transición y los primeros años de democracia, España había pasado a formar parte del Primer Mundo. El crecimiento se disparó, la clase media creció y la democracia se consolidó; el país entró en la Unión Europea mediante un referéndum controvertido y confirmó su lugar en la OTAN. Habiendo logrado unos éxitos notables, no es muy difícil de entender por qué ganó este modelo; las Olimpíadas de Barcelona simplemente fueron la confirmación: mostraron al mundo que España era un país de primera división³.

LA DESCOMPOSICIÓN DEL PRIMER MUNDO

La segunda razón por la que me centraré en el Primer Mundo es que no es solo un lugar, sino también un proyecto⁴. El término "Primer Mundo" es superior a sus rivales. El de "Occidente" suena demasiado provinciano; el de "Mundo Libre" demasiado absurdo y la OCDE demasiado tecnócrata. El Primer Mundo representó una serie de ideales e ideas y compitió directamente con el desafío ideológico planteado por el bloque comunista. Para legitimar su modelo de capitalismo liberal, hizo una serie de promesas: un crecimiento rápido, unas clases medias en auge, libertad política y unas alianzas protectoras bajo el paraguas de la seguridad estadounidense.

Cuando comenzó la Guerra Fría, la victoria de los capitalistas no parecía evidente; una economía planificada parecía una alternativa viable después de la experiencia de la depresión y la guerra. "Nosotros los enterraremos", dijo Nikita Krushev a un grupo de diplomáticos occidentales en 1956. En aquel momento, los líderes comunistas más